

- F2 - L. 5

Lectura
15-5

L3

Lectura 3

L. GRUPPI (1978)
El concepto de Hegemonía en
GRAMSCI

MEXICO, D.F.

Ediciones de cultura popular

IV gramsci y la revolución de octubre

Gramsci parte de aquí. En 1918, cuando tenía 27 años, comienza a presentarse como un socialista de nuevo tipo en Italia; comprende que la revolución rusa ha demostrado, en la práctica, los esquemas evolucionistas de la II Internacional y que pone en crisis una interpretación positivista del marxismo. Comprende que la revolución rusa da relieve al factor subjetivo, al factor de la iniciativa política.

Esta conciencia se expresa por primera vez en un artículo del 12 de enero de 1918 en *El grito del pueblo*. Téngase en cuenta cuán poco se podía saber entonces en Italia sobre la Revolución de octubre, no sólo por la distancia, sino por la situación de guerra y de censura. En este artículo Gramsci escribe: "La revolución de los bolcheviques está sustanciada de ideologías más que de hechos. (Por eso en el fondo, poco nos importa saber más de lo que ya sabemos)". En esta afirmación de que en la Revolución rusa hay más ideología que hechos, aparece un elemento idealista evidente. Refiriéndose a aquel período, Gramsci dirá, años después, que entonces era tendencialmente crocciano. Continúa: "Es la revolución contra *El Capital*

de Carlos Marx. *El Capital* de Marx era, en Rusia, el libro de los burgueses, más que de los proletarios". Esta afirmación es anacrónica, ya que eso se había verificado en los últimos años del siglo anterior, en la época de los marxistas legales.¹

"Era la demostración crítica de la fatal necesidad de que en Rusia se formase una burguesía, se iniciase una era capitalista, se instaurase una civilización de tipo occidental, antes que el proletariado ni siquiera pudiese pensar en su levantamiento, en sus reivindicaciones de clase, en su revolución. Los hechos han superado a las ideologías. Los hechos hicieron estallar los esquemas críticos dentro de los que la historia de Rusia debería haberse desenvuelto según los cánones del materialismo histórico". Agregamos que se trata del materialismo histórico tal como era interpretado en aquellos tiempos por la II Internacional y, por consiguiente, rígido, esquemático y dogmatizado. "Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx y con los testimonios de la acción realizada, de las conquistas logradas, afirman que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se podría pensar, e incluso se pensó". También aquí hay una deformación polémica evidente, ya que es sabido cómo toda la Revolución de octubre fue realizada justamente en nombre de Carlos Marx y no renegando de él, ni siquiera haciendo su crítica, sino en todo caso criticando a algunos de sus intérpretes.

Continúa: "Y, sin embargo, aún hay en estos acontecimientos una fatalidad: si los bolcheviques reniegan de algunas afirmaciones de *El Capital*, no reniegan del pensamiento inmanente, vivificador. Ellos no son "marxistas", ahí está la clave; no han compilado una doctrina exterior

¹ Estudiosos burgueses del marxismo, que del estudio de *El Capital*, extraían la conclusión de que en Rusia debería desarrollarse antes que nada el capitalismo y que debería esperarse la guía política de la burguesía liberal.

sobre las obras del *maestro*, con afirmaciones dogmáticas e indiscutibles. Viven el pensamiento marxista, el que no muere jamás, que es la continuación del pensamiento idealista italiano y alemán, y que en Marx se había contaminado de incrustaciones positivistas y naturalistas". Hay que observar aquí que el marxismo no es simplemente la continuación del idealismo; sino algo más; es la superación dialéctica del idealismo. Se habla de un Marx contaminado de incrustaciones positivistas y materialistas, lo que me parece carente de fundamento alguno. Continúa Gramsci: "Y este pensamiento pone siempre como máximo factor de la historia, no los hechos económicos, en bruto, sino el hombre, la sociedad de los hombres, de los hombres que se juntan entre ellos, que se entienden entre ellos, desarrollan a través de estos contactos (civilización) una voluntad social, colectiva, y comprenden los hechos económicos, y los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que ésta se convierte en la fuerza motriz de la economía, la plasmadora de la realidad objetiva, que vive y se mueve y adquiere carácter de materia telúrica en ebullición, que puede ser encauzada por donde y como le plazca a la voluntad".²

La posición subjetivista, voluntarista, aparece evidente aquí; los juicios son acerbos. Pero la sustancia consiste en que Gramsci ha comprendido cómo la Revolución de octubre es la crítica viviente de una interpretación falsa del marxismo; cómo, después de la Revolución de octubre debe reexaminarse la interpretación del marxismo que había hecho pie en la II Internacional y en el PSI. Es necesario reafirmar la función del sujeto revolucionario y liberarse de una concepción del marxismo, que lo identifica con un determinismo económico estrecho.

² Antonio Gramsci. *Partido y revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México 1974, p. 12.

Esta forma de ubicarse es decisiva para la orientación de Gramsci en la crisis italiana de posguerra.

Brevemente. En la posguerra se tiene una situación de este género: la clase obrera está claramente en una posición de rebelión frente al poder capitalista; los gobiernos no pueden ya gobernar más. Falta el partido revolucionario, la fuerza política capaz de recoger las posibilidades que ofrecía la situación objetiva.

Caracterizar el movimiento real

¿Qué problema se plantea Gramsci y plantea al grupo de los jóvenes socialistas turineses que lo rodean en 1919? Recapitulando la historia del periódico *Ordine Nuovo*, en un artículo de agosto de 1920, dice: "Es necesario estudiar lo que acontece en medio de las masas obreras". Este es el punto de partida; el comienzo del análisis de los hechos, no doctrinario. Agrega, justamente para explicar cómo nació *Ordine Nuovo*: "Existe en Italia, como institución de la clase obrera, algo que pueda ser comparado con el soviét? ¿Que tenga algo de su naturaleza? ¿Algo que nos autorice a afirmar que el soviét es una forma universal y no una institución rusa y solamente rusa? El soviét es la forma en la cual, donde quiera que existan proletarios en lucha por conquistar la autonomía industrial, la clase obrera manifiesta esa voluntad de emanciparse. El soviét es la forma de autogobierno de las masas obreras. ¿Existe un germen, una veleid, una timidez de gobierno de los soviét en Italia? ¿en Turín?" Y a la pregunta de si existe un embrión de soviét en Italia, la respuesta es: "sí, existe en Italia, en Turín, un germen de gobierno obrero, un germen de soviét: es la comisión interna. Estudiemos esta institución obrera, hagamos una investigación, estudiemos la fábrica capitalista; pero no como organización de la producción material

porque para esto necesitaríamos una altura especializada que no tenemos; estudiemos la fábrica capitalista como forma necesaria de la clase obrera, como organismo político, como 'territorio nacional' del autogobierno obrero. Partamos pues de la comisión interna".³

La primera comisión interna se había constituido en Italia en 1905. Las C. I. fueron reconstituidas después en el curso de la guerra, sobre todo como instrumentos de colaboración entre patronato y obreros a los fines de la producción bélica, y sólo sucesivamente habían devenido instrumentos de lucha obrera.

Para Gramsci no se trata de inventar, sino de extender lo que ya existía: de extender la comisión interna, de reunir a su alrededor un consejo obrero, formado por obreros electos en los talleres, en las secciones. Un consejo obrero no meramente inscrito en el sindicato, sino, en cambio, representativo, de manera unitaria, de los obreros, empleados y técnicos. Aquí sobreviene la ruptura con Angelo Tasca. Tasca veía en *Ordine Nuovo* un periódico capaz de organizar sobre todo una corriente de izquierda en el medio socialista, y por eso, un órgano que se movía esencialmente en el ámbito del partido, sin establecer una relación real y profunda con el movimiento. Para Gramsci y Togliatti el problema era partir del movimiento real. Tasca concebía *Ordine Nuovo* en esencia como un periódico de divulgación cultural; para Gramsci, en cambio, debía convertirse en el órgano de los consejos de fábrica, debía presentar con claridad política y cultural la experiencia de lucha de los obreros. Se debe llevar a los obreros a tomar conciencia de qué es la producción capitalista, qué el ciclo productivo, cuál es la función del obrero en el centro de producción. Dicha conciencia conduce al obrero más allá de su estado de

³ Antonio Gramsci *Antología*, Siglo XXI Editores, S. A. México 1972, p. 98.

asalariado, de elemento pasivo del proceso productivo; lo lleva a comprender su propia función política e histórica. Nace así, en lo concreto de la lucha, en lo concreto de las relaciones productivas, la conciencia de clase. Se forma una visión teórica y una nueva cultura, al dejar de rumiar el saber tradicional, gracias al contacto del marxismo con la experiencia viva de la lucha obrera.

Gramsci relata: "Urdimos, Togliatti, y yo un golpe de estado en la redacción. El problema de las comisiones internas fue planteado explícitamente en el número 7 de la *Reseña*".⁴ Así presenta Gramsci la concepción que guía a *Ordine Nuovo*: "El partido socialista y los sindicatos profesionales no pueden absorber a toda la clase trabajadora más que a través de un esfuerzo de años y de decenas de años. Tampoco se identificarán directamente con el Estado proletario; en efecto en las Repúblicas comunistas siguen subsistiendo independientemente del Estado, como instrumentos de propulsión (el Partido) o de control y de realizaciones parciales (los sindicatos). El Partido tiene que seguir siendo el órgano de la educación comunista, el foco de la fe, el depositario de la doctrina, el poder supremo que armoniza y conduce a la meta las fuerzas organizadas y disciplinadas de la clase obrera y campesina. Precisamente para cumplir exigentemente esa función suya, el Partido no puede abrir de par en par sus puertas a la invasión de nuevos miembros, no acostumbrados al ejercicio de la responsabilidad y de la disciplina.

Pero la vida social de la clase trabajadora es rica en instituciones, se articula en múltiples actividades. Estas instituciones y esas actividades es precisamente lo que hay que desarrollar, organizar en un conjunto, correlacionar en un sistema vasto y ágilmente articulado que absorba y discipline la entera clase trabajadora.

⁴ Antonio Gramsci, *Ibid.*, p. 100.

Los centros de vida proletaria en los cuales hay que trabajar directamente son el taller con sus comisiones internas, los círculos socialistas y las comunidades campesinas.

Las comisiones internas son órganos de democracia obrera que hay que liberar de las limitaciones impuestas por los empresarios y a los que hay que infundir nueva vida y energía. Hoy, las comisiones internas limitan el poder del capitalista en la fábrica y desenvuelven funciones de arbitrio y disciplina. Desarrolladas y enriquecidas, deberán ser mañana los órganos del poder proletario que sustituya al capitalista en todas sus funciones útiles de dirección y de administración.

Ya desde ahora los obreros deberían proceder a la elección de vastas asambleas de delegados, escogidos entre los mejores y más conscientes de los compañeros, bajo la consigna: "Todo el poder de la fábrica a los comités de fábrica", coordinada con la otra: "Todo el poder del Estado a los Consejos obreros y campesinos".⁵

Este es el esfuerzo de Gramsci y de todo *Ordine Nuovo*: extraer, de un movimiento que ya existe y de una realidad efectiva un nuevo instrumento de unidad de la clase obrera, capaz de guiar el movimiento de masas y de elevar el movimiento obrero a un nuevo nivel de conciencia. A partir de la fábrica, de la experiencia concreta, se configura el modelo de Estado por el que se debe luchar.

El Consejo de fábrica no se concibe para disminuir la función del sindicato y del partido, sino como elemento de renovación del sindicato, que entonces estaba bajo la dirección de la derecha socialista reformista, y como elemento de renovación del partido socialista, es decir, como un movimiento capaz de formar nuevos cuadros, cuadros obreros que poseen la experiencia de la fábrica y que, por eso, pueden avanzar como cuadros nuevos en el partido socialista y liberarlo de sus retrasos y de sus trabas.

⁵ Antonio Gramsci, *Ibid.*, p. 60.

Es interesante considerar cómo se desarrolló la polémica de Amadeo Bordiga contra la concepción de Gramsci. Según la posición de Bordiga no se puede hablar de poder referido a las empresas, porque no tiene sentido llamar poder a lo que está fuera del poder estatal. La clase obrera podrá ejercer su poder en la fábrica sólo cuando tenga el poder estatal. Bordiga parece pensar del modo más ortodoxo, del modo más rigurosamente marxista. Oculta, a la vez, lo que en el marxismo es esencial: la capacidad de ver el proceso histórico. No ve que la conquista del poder estatal no puede ser sino el resultado de un proceso de lucha, de unificación de la clase obrera, de unificación de las fuerzas sociales alrededor del proletariado. La conquista del poder es el resultado de la capacidad de dirección de la clase obrera que debe madurar y comenzar a expresarse en la fábrica. Lo que Gramsci posee es precisamente el sentido del proceso.

El movimiento de los Consejos no está ubicado en Gramsci, en abstracto, fuera del análisis concreto de la situación italiana. Tiene mucho valor, por ejemplo, las páginas que Gramsci dedica, en *Ordine Nuovo*, a definir las características del Estado italiano de aquella época. Dice: "El Estado italiano parlamentario que, sería a la república de los soviets como la ciudad a la horda bárbara, no ha tratado nunca, sin embargo, de disfrazar la dictadura despiadada de la clase propietaria. Se puede decir que el Estatuto albertino ha servido a un sólo fin preciso: ligar fuertemente la suerte de la corona a la suerte de la propiedad privada. En efecto, los únicos frenos de la máquina estatal, que funcionan para limitar las arbitrariedades del gobierno de los ministros del rey, son los que afectan la propiedad privada del capital. La constitución no ha creado ningún instituto que custodie, cuando menos formalmente, las grandes libertades de los ciudadanos: la libertad individual, la libertad de palabra y de prensa, la libertad de asociación y de reunión. En los

estados capitalistas, llamados liberales democráticos, el instituto máximo que custodia las libertades populares, es el poder judicial; en el Estado italiano la justicia no es un poder; es un orden, es un instrumento del poder ejecutivo, es un instrumento de la corona y de la clase propietaria".⁶

Es interesante que Gramsci no se limitase a caracterizar el Estado burgués en general, sino que se esforzara en especificar el carácter típico del Estado capitalista italiano, es decir, lo que lo distingue de otros estados capitalistas, por ejemplo, la mayor subordinación de la justicia al poder ejecutivo. Vemos siempre el esfuerzo de identificar lo concreto, lo específico.

En la actualidad se desarrolla una discusión en torno al movimiento de los Consejos de fábrica: se plantea la pregunta de si no había en Gramsci un cierto abandono a la espontaneidad del movimiento, o, por lo menos, una cierta subestimación de la función del partido. Es cierto que en Gramsci en 1919-1920, y aún en 1921, no estaba formada aún una concepción madura del partido revolucionario, no existía todavía la asimilación de la concepción leninista del partido. Gramsci alcanzará esa asimilación más tarde, en 1922-1923 cuando cumplirá una larga estadía en Rusia y podrá, por consiguiente, conocer de cerca la experiencia de los bolcheviques. Mi opinión es, sin embargo, que no se debiera exagerar atribuyendo al Gramsci de entonces una verdadera subestimación personal de la función del partido. En efecto, escribe en un artículo de *Ordine Nuovo*: "Para obtener este fin (la dictadura proletaria) el partido comunista educa al proletariado en organizar su potencia de clase y en servirse de esta potencia armada para dominar a la clase burguesa y determinar las condiciones en las que la clase explotadora sea suprimida y no pueda resurgir. La tarea del partido comunista en la dictadura es pues esta:

⁶ Antonio Gramsci. *Ordine Nuovo*, Einaudi, Torino 1954, p. 42.

organizar potente y definitivamente la clase de los obreros y de los campesinos como clase dominante; controlar que todos los organismos del nuevo Estado desarrollen realmente una obra revolucionaria; y destruir los derechos y relaciones antiguas inherentes al principio de la propiedad privada".⁷

Así critica al partido socialista, lo que nos dice no sólo cómo Gramsci veía profundamente los vicios y defectos de aquel partido, sino cómo comenzaba a acercarse a las concepciones leninistas del partido mismo. Tan es así que Gramsci escribe: "En verdad, el partido socialista italiano, por sus tradiciones, por los orígenes históricos de las varias corrientes que lo constituyeron, por el pacto de alianza, tácito o explícito con la Confederación General del Trabajo (pacto que en los congresos, en los Consejos y en todas las reuniones deliberativas sirve para dar un poder y una influencia injustificada a los funcionarios sindicales), por la ilimitada autonomía concedida al grupo parlamentario (que da también a los diputados un poder y una influencia similar al de los funcionarios sindicales e igual de injustificada, en los congresos, en los Consejos y en las deliberaciones de la más alta importancia), por todo ello, el Partido socialista italiano no se diferencia para nada del Labour Party (partido laborista) inglés y es revolucionario tan solo por las afirmaciones generales en su programa. Es un conglomerado de partidos; se mueve y no puede dejar de moverse tardía y perezosamente; está expuesto continuamente a convertirse en fácil país de conquista para aventureros, carreristas, ambiciosos sin seriedad ni capacidad política; debido a su heterogeneidad y a los innumerables lastres en sus engranajes, agotados y saboteados por los entreguistas, nunca está en grado de asumir el peso y la responsabilidad de las iniciativas y de las acciones revolucionarias que los acontecimien-

⁷ Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 161.

tos, incansables, le imponen incesantemente. Eso explica la paradoja histórica por la cual en Italia son las masas las que empujan y 'educan' al partido de la clase obrera y no el partido quien guía y educa a las masas". Agrega que, si el partido socialista poseyera de verdad la teoría marxista que asegura poseer, entonces sabría prever los acontecimientos, guiar a las masas, mientras, en cambio, el partido se halla "expuesto a todas las presiones de las masas y se mueve y se diferencia cuando ya las masas se han desplazado y diferenciado. En verdad este Partido socialista, que se proclama guía y maestro de las masas, no es otra cosa que un pobre notario que registra las operaciones realizadas espontáneamente por las masas; este pobre Partido socialista que se proclama jefe de la clase obrera, no es otra cosa que el lastre del ejército proletario".⁸

Esta crítica al partido socialista es el inicio de la toma de conciencia de que el partido es el momento de la dirección, que el partido no puede registrar la espontaneidad del movimiento, sino que debe superarla. Gramsci no conocía todavía "¿Qué hacer?", pero ciertamente su concepción se acercaba a la que está presente en esa obra leniniana. Estaba presente en él, pues, la cuestión del partido; pero, como decía, estaba presente en términos todavía inmaduros; tan es así que *Ordine Nuovo* trabaja ante todo, sobre los consejos de fábrica que constituyen un movimiento típicamente turinés, es decir, construye su fracción comunista en el interior de las organizaciones turinesas y piemontesas. El hecho de que *Ordine Nuovo* no se preocupe de extender su propio trabajo y su propia fracción a nivel nacional indica precisamente que, si bien ya está presente el problema del partido, no está todavía planteado con la conciencia profunda necesaria.

Ordine Nuovo se orienta más intensamente a la cuestión

⁸ Antonio Gramsci. *Partido y revolución*, Ediciones de Cultura Popular, México 1974, p. 81.

del partido después del fracaso de la ocupación de las fábricas y cuando los obreros presionan para acelerar la escisión del partido socialista.

Yo diría, pues, que *Ordine Nuovo* retorna al problema del partido cuando ya la experiencia de la huelga de las lancetas, de abril de 1920, y la experiencia del movimiento de ocupación de las fábricas, de septiembre, indican los límites del movimiento de los Consejos de fábrica. El movimiento no logró abarcar toda la situación italiana, porque careció del elemento unificador que se buscaba, no en los Consejos, sino por encima de ellos, en el partido como momento de síntesis política y como fuerza capaz de generalizar la experiencia.

El tema de la hegemonía del proletariado, junto con la cuestión campesina, retorna de manera madura en *La cuestión meridional* (1926). En este trabajo, Gramsci afirma que, precisamente porque el proletariado turinés había enfocado de manera correcta el problema de las relaciones de la clase obrera con los campesinos, se puede decir que los comunistas turineses plantearon concretamente la cuestión de la hegemonía del proletariado, es decir, de la base social de la dictadura proletaria y del Estado obrero.

Los años que van de 1921 a 1926, hasta el III Congreso de Liorna, son precisamente los años en los cuales el empeño de Gramsci se vuelca al partido. Un momento decisivo se produce en 1923, cuando la experiencia rusa le permite ver más lúcidamente los vicios de la dirección bordiguiana y terminar con las dilaciones ante la necesidad de abrir ya la lucha contra ella. La conquista de la concepción leninista del partido, la comprensión de la función dirigente según la cual el partido debe guiar la clase obrera, y por consiguiente el problema de las alianzas, marchan juntos. Gramsci en 1925 afirma: "El elemento de la situación nacional preponderaba en la formación política del compañero Bordiga y había cristalizado en él un estado permanente de pesimismo

sobre la posibilidad de que el proletariado y su partido pudieran permanecer inmunes a las infiltraciones pequeño-burguesas, sin la aplicación de una táctica política sectaria en extremo, que hacía imposible la aplicación y la realización de los dos principios políticos que caracterizan el bolchevismo: la alianza entre obreros y campesinos y la hegemonía del proletariado en el movimiento revolucionario anticapitalista."

La cuestión meridional

Emerge así el tema de la hegemonía, como capacidad de entender los procesos reales, históricamente especificados y de no limitarse a la espera pasiva de los éxitos de las leyes generales que gobiernan al capitalismo; de especificar las fuerzas sociales que deben ser involucradas en el proceso revolucionario, de fijar los términos concretos en que debe cumplirse la intervención del partido.

La hegemonía entra aquí en estrecha relación con la dictadura del proletariado. Se puede decir que hegemonía y dictadura del proletariado son sinónimos. En realidad, bien mirado, existe una cierta distinción. La hegemonía es la capacidad de guiar que proporciona las bases sociales necesarias a la dictadura del proletariado. Gramsci escribe: "El proletariado puede llegar a ser clase dirigente y dominante en la medida en que logre crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués a la mayoría de la población trabajadora, lo que significa, en Italia, dentro de la verdadera relación de fuerzas existente, en la medida en que logre obtener el consenso de las amplias masas campesinas".⁹ Hay aquí diversas cosas a observar. En tanto "el proletariado puede

⁹ Antonio Gramsci. *Antología*, Siglo XXI Editores, S.A. México 1972, p. 192.

Memoria -
dirección + dominio

convertirse en clase *dirigente y dominante*", aquí la hegemonía es concebida como dirección y dominio, por consiguiente como conquista, a través de la persuasión, del consenso, pero también como fuerza para reprimir a las clases enemigas. Plantearse el problema de la hegemonía en Italia significa conquistar la mayoría de la población trabajadora: Gramsci acepta aquí plenamente la concepción leninista de la conquista de la mayoría de la población trabajadora, fuera de la cual es inconcebible la conquista del poder por la clase obrera.

La cuestión de la mayoría no se plantea en términos indiferenciados: se trata de las masas campesinas y no solamente de los asalariados y braceros.

Gramsci agrega: "Pero la cuestión campesina en Italia está históricamente determinada; no es la cuestión campesina y agraria en general; en Italia, la cuestión campesina ha asumido, por determinada tradición italiana, por determinado desarrollo de la historia italiana, dos formas típicas y peculiares; la cuestión meridional y la cuestión vaticana".¹⁰

Para Gramsci, como para Lenin, la cuestión campesina se plantea siempre de un modo específico, históricamente determinado. Es Lenin quien reprochará a Rodbertus no poseer "un grano de historicismo", porque trata precisamente la cuestión campesina en general, mientras ella está siempre situada en un determinado país y en un determinado momento histórico.

Y bien; en Italia, existe una especificación de la cuestión campesina, que es la cuestión meridional y la cuestión vaticana. Gramsci no se detiene mucho en esta obra sobre la cuestión vaticana; subraya, sin embargo, que la mayoría de los campesinos italianos están bajo la influencia de la Iglesia católica y que, si se prescinde de este elemento, no se puede realizar la alianza de clases obrerocampesina. Era un pensa-

miento que ya había desarrollado en *Ordine Nuovo*, cuando decía que, como el Estado liberal encontró su equilibrio con el Vaticano, lo mismo deberá hacer el Estado socialista.

El otro elemento es la cuestión meridional. "Conquistar la mayoría de las masas campesinas —agrega— significa pues, para el proletariado italiano, hacer suyas estas dos cuestiones desde el punto de vista social, comprender las exigencias de clase que representan, incorporar estas exigencias a su programa revolucionario de transición, plantear estas exigencias entre sus reivindicaciones básicas".

La hegemonía es esto: individualizar los trazos específicos de una condición histórica, de un proceso, hacerse protagonista de reivindicaciones que son de otros estratos sociales, de su solución, como forma de unir en torno suyo a estas capas, realizando con ellas una alianza en la lucha contra el capitalismo y aislando así al propio capitalismo.

La clase obrera se convierte en clase dirigente, en Italia, en tanto hace de la cuestión campesina meridional una cuestión nacional. Plantear el problema de la hegemonía obrera significa, para Gramsci, plantear el problema de la función nacional de la clase obrera. Es preciso entonces invertir la vieja visión del problema meridional que era también la del partido socialista del sur como una pesa en los pies que impide el desarrollo democrático de Italia. Es necesario ver, en cambio, el enorme potencial, la enorme reserva revolucionaria presente en los campesinos del mediodía; comprender que el bloque del poder dominante está basado sobre la división entre la clase obrera del norte y los campesinos del sur.

Esa división es la que permite la alianza de la clase capitalista del norte con los grandes propietarios territoriales del sur. "Para que la clase obrera asuma una función hegemónica, es preciso que el obrero supere no sólo la mentalidad corporativa, mediante la cual el metalúrgico se siente

antes que nada metalúrgico, el albañil, albañil, etcétera”.; es necesario que adquiera la mentalidad de clase, mediante la cual el obrero se sienta antes que nada obrero, independientemente de la categoría a la que pertenezca, pero, además, es necesario que el obrero se sienta miembro de una clase que interpreta intereses más generales, los de las fuerzas trabajadoras que no son específicamente proletarias.

No me detengo sobre el modo como Gramsci juzga la política de Giolitti; en realidad él dice que la burguesía italiana tenía por delante, al menos teóricamente, dos alternativas; o abrir paso a una democracia rural, que se apoyase en las grandes masas campesinas, en las masas campesinas del sur, con una política de liberalización de las aduanas, por lo tanto; o podía seguir la vía del bloque capitalista-obrero, accediendo a determinadas reivindicaciones de la clase obrera del norte sobre la base de la libertad política y de las conquistas sindicales, haciendo pagar el precio de ello a las masas meridionales. A esta segunda política se prestó el partido socialista, y particularmente, la derecha, los reformistas. En efecto, el partido socialista no planteó más la cuestión meridional como elemento esencial, nacional, de la lucha revolucionaria en Italia, sino que, por el contrario, aisló las reivindicaciones de los braceros y asalariados del norte, de las reivindicaciones más generales de emancipación de los campesinos de la Italia meridional. Cuando esta política reveló sus límites, y la tentativa de llevar a los socialistas al gobierno fracasó, Giolitti cambió de hombro el fusil y realizó la alianza con los católicos —el Pacto Gentiloni de 1912—, concediendo el sufragio universal.

Estamos siempre ante el bloque industrial-agrario, aunque sea bajo otras formas, que exige la presencia del bloque agrario en el sur. Escribe Gramsci: “El Mediodía puede definirse como una gran disgregación social; los campesinos, que son la gran mayoría de su población, no tienen ninguna

cohesión propia. . . La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes propietarios terratenientes y los grandes intelectuales. Los campesinos meridionales se encuentran perpétuamente en fermentación, pero, como masa, son incapaces de dar una expresión centralizada a sus aspiraciones y a sus necesidades. El estrato medio de los intelectuales recibe de la base campesina los impulsos de su actividad política e ideológica. Los grandes propietarios, en el terreno político, y los grandes intelectuales, en el terreno ideológico, centralizan y dominan, en última instancia, todo ese conjunto de manifestaciones. Como es natural, la centralización se verifica con mayor eficacia y precisión en el campo ideológico. Por eso Giustino Fortunato y Benedetto Croce representan las claves de bóveda del sistema meridional y en cierto sentido son las dos figuras máximas de la reacción italiana”.¹¹

En este sentido, Gramsci precisará después la función de Croce. Dice: Croce, poniendo la cultura italiana en contacto con la europea; elevándola del provincialismo, consigue separar al intelectual pequeño y medio de su punto de referencia, de la base campesina de la que proviene. Lo introduce en un tipo de cultura en la que está ausente la voz de los campesinos, la vida concreta de Italia, y particularmente de Italia meridional. Croce realiza una gran obra de hegemonía, en el sentido conservador y reaccionario, e impide a los impulsos campesinos colocar de su parte a los intelectuales; aquellos cuadros que son los únicos que pueden darle homogeneidad, dirección, coherencia, a la acción campesina. Privada de sus intelectuales, la masa campesina permanece inerte, disgregada, se levanta en rebeliones improvisadas y recae después en la pasividad. Tras los autores de esta opera-

¹¹ Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 193-194.

ción de asimilación y de hegemonía está justamente Croce. Estamos frente a una crítica de la filosofía de Croce que no se desenvuelve en el plano especulativo, sino que, por el contrario parte del análisis de la función real de la filosofía de Croce, de la que muestra el carácter de clase, la función política, y, por tanto, también los límites históricos y teóricos.

El análisis de Gramsci comienza indicando la presencia de dos tipos de intelectuales: el de tipo rural, que proviene de la burguesía rural, y el de tipo urbano. Es un análisis que retomará y desarrollará luego en los *Cuadernos*.

El campesino meridional está ligado al gran propietario terrateniente por intermedio de los intelectuales. El intelectual, hegemonizado por los grandes intelectuales, es el que mantiene ligada la masa de los campesinos al gran propietario. Intelectual es, en efecto, el abogado, el maestro, el farmacéutico, el cura. Aparece ya aquí el intelectual como elaborador de la hegemonía, como el que garantiza a las fuerzas dominantes el consenso, garantiza a la clase dominante la base de masas, a través de la persuasión y la educación.

Se anuncia el análisis posterior de los *Cuadernos*. El bloque agrario del Mediodía funciona como intermediario y guardián del capitalismo septentrional. Su único objetivo es mantener el *status quo*. No es autónomo; está, en realidad, integrado a una hegemonía nacional más general, que es la del bloque industrial del norte, que se vale del bloque agrario como instrumento. Al mismo tiempo se puede decir que "por encima del bloque agrario, tenemos el bloque de grandes intelectuales que sobrepasan al bloque agrario; tienen, desde el punto de vista cultural, no una visión local, sino nacional y europea".

Dice aún: ¿por qué hemos tenido ciertos contactos con Gobetti? ¿Por qué en *Ordine Nuovo* no atacamos a Piero Gobetti y, es más, aprovechamos su colaboración? Piero

Gobetti no era un comunista, ni siquiera un criptocomunista, era muy distinto a nosotros; pero era uno de aquellos liberales avanzados que habían comprendido la función de la clase obrera. Ahora bien —dice Gramsci— es necesario tener en cuenta el hecho de que los intelectuales se forman lentamente, que reaccionan muy lentamente y de modo sumamente complejo ante los movimientos sociales, precisamente por su necesidad de generalizar la experiencia y de encontrar una definición total y universal de la misma. No podemos, pues, pensar ni en la formación inmediata de los intelectuales de la clase obrera, ni que se desplacen rápidamente grandes estratos de intelectuales hacia la clase obrera. Lo que nos importaba era encontrar en Gobetti una intermediación, una relación con aquellos intelectuales que, sin ser comunistas, sin embargo, se apartaban de las interpretaciones de la cuestión meridional que daba Giustino Fortunato; hombres, por ejemplo, como Dorso, que ya comenzaban a comprender la función del proletariado. Se trataba pues de establecer un contacto, una alianza con estas fuerzas. También aquí se ve con precisión el modo en que Gramsci plantea el problema de la hegemonía de la clase obrera: la hegemonía se realiza en tanto ésta identifica las mediaciones, las coaliciones con otras fuerzas sociales, encuentra también relaciones culturales, establece un contacto y un cotejo cultural y hace valer las posiciones propias en el campo cultural.

V los cuadernos de la cárcel

Los Cuadernos de la Cárcel¹ constituyen los apuntes que Gramsci redactó en la cárcel, desde 1929 hasta 1935, es decir, dos años después del arresto, cuando, tras el proceso, logró tener un poco más de calma, y antes que su enfermedad se agravara a tal punto de llevarlo, en los dos últimos años, a la imposibilidad de trabajar. En estos escritos Gramsci abarca una siere de temas, desarrollándolos simultáneamente, en una serie de cuadernos. Subraya el carácter provisorio, de dichos apuntes y notas. Como tales son leídos, no como textos destinados a la publicación, sino como una primera base de la investigación que Gramsci se proponía conducir, pensando en una obra que estuviese destinada a durar *für ewig*.

Esta obra no fue cumplida, y Gramsci no suponía que,

¹ Los escritos de la cárcel han sido publicados bajo la atención de Felice Platone que los ha reunido en seis volúmenes, reagrupando los temas de modo de facilitar así su lectura. Un estudio fundado más críticamente del desarrollo del pensamiento de Gramsci, será posible cuando tengamos la edición diplomática de todos los cuadernos, en lo que está trabajando Valentino Gerretana.

en realidad, la obra destinada a permanecer "por siempre" era precisamente aquellas notas, los *Cuadernos*.

¿Cuáles son las líneas que guían la investigación de los Cuadernos?

Las líneas son varias: la relación entre cultura y pueblo, el proceso de formación del Estado italiano, la historia de los intelectuales italianos y sus relaciones con las masas. Están planteados problemas teóricos, pero es interesante observar cómo estos problemas aparecen siempre íntimamente ligados al análisis del proceso histórico y emergen de él. Aparecen planteados siempre no en abstracto, sino en concreto, con el fin de un objetivo político preciso.

En todo el análisis que Gramsci lleva a cabo, encuentro la presencia de un hilo rojo que le guía y está presente en todos los *Cuadernos*. Esta constante es, me parece, el problema de la hegemonía, en el sentido de que todos los análisis de los procesos histórico-sociales, trátase de la formación de los intelectuales o la del Estado unitario italiano, trátase de la literatura italiana y de sus relaciones con el pueblo, se retrotraen y enlazan con la cuestión de la hegemonía: cómo se efectúa la hegemonía de una clase, cómo debe desenvolverse el proceso que conduce a la hegemonía del proletariado, cuál es el modo específico en que se plantean los problemas de la hegemonía del proletariado, y, en particular, el problema de la hegemonía del proletariado en Italia, en la situación italiana específica.

Hay, por cierto, una gran analogía de mentalidad y de método entre Gramsci y Lenin; existe en Gramsci el mismo sentido de lo histórico específico que es propio de Lenin; el sentido de la concreción del proceso, de la importancia del sujeto histórico, del partido, de la conciencia de clase, de la iniciativa política y de la teoría revolucionaria. Ciertamente, Lenin es una figura de relieve internacional, sobre todo desde 1914 en adelante, cuando enfrenta y plantea los

problemas del movimiento obrero internacional y no sólo del ruso; Gramsci en cambio, está empeñado en traducir al italiano, por así decirlo, en sumergir en la historia italiana el pensamiento de Lenin y de Marx. Ha desempeñado, pues, un papel fundamentalmente nacional, pero los resultados de sus indagaciones tienen un interés más general, que abarca la teoría y el desarrollo del marxismo en su conjunto.

Parto del volumen que ha sido titulado *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, porque en él el concepto de hegemonía está fundamentado más ampliamente que en otros, en sus bases teóricas generales.

Gramsci parte de la afirmación de que el hombre, por el solo hecho de ser hombre, de poseer por consiguiente un lenguaje, de participar del sentido común, aunque sea en la forma más simple y popular, es filósofo. Se trata de una afirmación que se encontraba ya en Croce, pero que en Croce se planteaba en abstracto, referida al hombre en general, mientras en Gramsci está ligada a la vida cultural de las clases subordinadas, de los trabajadores, de los campesinos. Todo hombre, por el solo hecho de que habla, tiene su concepción del mundo aunque sea inconsciente o meramente acrítica, porque el lenguaje es siempre de modo embrionario una forma de concepción del mundo.

He aquí la atención de Gramsci por los problemas del lenguaje, que se deriva de su pasión juvenil por los estudios de la lingüística. Gramsci observa que en todo hombre está presente una conciencia impuesta por el ambiente en que vive y en la cual, por lo tanto, concurren influencias diversas y contradictorias. En la conciencia del hombre, abandonada a la espontaneidad, todavía no conciente críticamente de sí misma, coexisten influencias espirituales diferentes, elementos dispares, que se acumulan a través de estratificaciones sociales y culturales diversas. La conciencia del hombre no es otra cosa que el resultado de una relación social y ella misma es una relación social. No tene-

mos pues, un alma como esencia autónoma, según Aristóteles, sino la conciencia, como resultado de un proceso social.

Ante la conciencia subordinada, espontánea, no unificada críticamente e ignorante de lo que ella es, el problema que se plantea —dice Gramsci— es el de “elaborar la propia concepción del mundo de manera conciente y crítica y, por lo mismo, en vinculación con semejante trabajo intelectual, escoger la esfera de actividad, participar activamente en la elaboración de la historia del mundo, ser el guía de sí mismo y no aceptar pasiva y supinamente la huella que se imprime sobre la propia personalidad”.²

Este proceso de formación crítica y además de intervención activa y conciente en el proceso de la historia del mundo, no es, para Gramsci, resultado de un proceso social, de una formación político-ideológica, en la cual el partido, como veremos, desempeña una función esencial.

Las clases subordinadas

Las clases sociales, dominadas o subordinadas, —como él dice— participan de una concepción del mundo que les es impuesta por las clases dominantes. Y la ideología de las clases dominantes corresponde a su función histórica y no a los intereses y a la función histórica —todavía inconsciente— de las clases dominadas. He aquí pues la ideología de las clases, o de la clase dominante influyendo sobre las clases subordinadas, obrera y campesina, por varios canales, a través de los cuales la clase dominante construye su propia influencia espiritual, su capacidad de plasmar la conciencia de toda la colectividad, su hegemonía. Uno de estos canales

es la escuela. Sobre ella Gramsci concentra su atención. Caracteriza en la división escuela profesional y gimnasio-liceo, la típica fractura de clase de la escuela italiana: la escuela profesional para los que irán a trabajar en actividades subalternas y el gimnasio-liceo para los cuadros dirigentes de la sociedad. De donde surge su proposición de una escuela media unificada, de carácter formativo general.

Otra vía intermediaria es la religión, la Iglesia. Esto explica, por ejemplo, la atención de Gramsci hacia el catecismo, considerado como un libro fundamental, elaborado con extrema sabiduría pedagógica, para imprimir precozmente a grandes masas una determinada concepción del mundo.

Otra vía para la educación es el servicio militar. La atención de Gramsci está dedicada al manual del cabo, como un libro que, al formar a los cabos, forma después a los soldados e imprime toda una mentalidad.

Su atención se dirige también a los periódicos locales, a los pequeños episodios de la cultura local, a todas las manifestaciones del folclor. Es necesario estudiar el modo como se expresa una conciencia todavía subordinada; debe considerarse el elemento de espontaneidad relativa presente en ella, porque sólo partiendo de esta conciencia elemental podemos guiar a las masas hacia una conciencia crítica.

Gramsci concede atención al cinematógrafo, que aún no estaba muy adelantado en su tiempo. Cuando en la cárcel tiene noticias del cine sonoro, inmediatamente se da cuenta de la importancia que puede asumir. Dedicó atención a la radio que entonces tenía pocos años de vida, así como a las novelas de folletín.

Pero, si las clases subalternas están dominadas por una ideología que les llega por múltiples conductos, obra de las clases dominantes, las necesidades efectivas, las reivindicaciones, en cierta medida espontáneas, de las clases dominadas, impulsan a estas clases a la acción, a luchas y movi-

² Antonio Gramsci. *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Juan Pablos Editor, México 1975, p. 12.

mientos, a un comportamiento más general que está en contradicción con la concepción del mundo en que han sido educadas. Gramsci se interroga: ¿dónde está la filosofía real, visto que se verifica esta ruptura entre la concepción, por otra parte no unificada críticamente, y la acción? La filosofía real del individuo y de la colectividad está implícita en la acción. La filosofía de cada uno está en la política de cada uno. (Volveremos sobre esta relación y los problemas que ella implica).

Cuando hay contradicción entre la acción y la concepción del mundo que nos guía, la acción no puede ser consciente ni coherente. Será siempre una manera de actuar, por así decirlo, desarticulada, tendremos siempre estremecimientos de acción y luego estancamientos, rebeliones desesperadas y pasividad, extremismo y oportunismo. La acción coherente exige ser guiada por una concepción del mundo, por una visión unitaria y crítica de los procesos sociales.

El problema es hacer explícita la filosofía que está implícita en la acción de cada uno y en la acción de los grupos sociales. Para lograr esto, es preciso hacer la crítica de las concepciones encubiertas de las clases subalternas, superarlas, para construir una concepción nueva, en la que se establezca la unidad entre la teoría y la práctica, entre la política y la filosofía. Unidad, aunque sea relativa, entre teoría y práctica, existe en la clase dominante. Se trata, por cierto, de ver si esta unidad, en la burguesía, no es ella misma contradictoria. Pero lo que caracteriza a las clases subalternas es precisamente la falta de esta unidad entre acción y teoría. Tales clases permanecerán siendo subordinadas hasta que haya avanzado el proceso de unificación entre acción y teoría, entre política y filosofía.

Se trata, pues de elaborar una concepción nueva, que parta del sentido común, no para quedar estancada en el sentido común, sino para criticarlo, depurarlo, unificarlo y elevarlo a lo que Gramsci llama *buen sentido*, que es para

él la visión crítica del mundo. Se percibe claramente que cuando Gramsci habla de la concepción cultural más elevada como de *buen sentido*, tiene una visión no aristocrática de la cultura. Se orienta por una profunda preocupación sobre las relaciones de la cultura con las grandes masas y con su manera de sentir.

“Pero en este punto se plantea el problema fundamental de toda concepción del mundo, de toda filosofía que se haya convertido en una religión”, en una “fe”; es decir, que haya producido una actividad práctica y una voluntad, y que esté contenida en éstas como “premisa” teórica implícita. . . el problema de conservar la unidad ideológica de todo el bloque social, que precisamente es cimentado y unificado por esta ideología”.³ La hegemonía es esto: capacidad de unificar a través de la ideología y de mantener unido un bloque social que, sin embargo, no es homogéneo, sino marcado por profundas contradicciones de clase. Una clase es hegemónica, dirigente y dominante, mientras con su acción política, ideológica, cultural, logra mantener junto a sí un grupo de fuerzas heterogéneas e impide que la contradicción existente entre estas fuerzas estalle, produciendo una crisis en la ideología dominante y conduciendo a su rechazo, el que coincide con la crisis política de la fuerza que está en el poder.

Gramsci observa cómo la hegemonía de las clases dominantes italianas, en realidad ha sido siempre parcial. Un componente, una mediación esencial de esta hegemonía es la Iglesia católica. La Iglesia católica se preocupa por mantener en un bloque único a las fuerzas dominantes y a las fuerzas subordinadas, a los intelectuales y a los hombres sencillos. La Iglesia ha logrado esto de un modo característico: utilizando dos lenguajes, dos teologías, dos ideologías: una para la gente sencilla, el catecismo y la prédica del

cura párroco, y la otra para los intelectuales, a los cuales, en realidad, les consentía una teología distinta o, más exactamente, una interpretación distinta de la teología. Es preocupación constante de la Iglesia no romper esta unidad (ésta ha sido, por ejemplo, la gran función de los jesuitas como mediadores políticos) y la de reprimir a los intelectuales cuando éstos tienden a romper la unidad. La Iglesia se preocupa de que la separación entre los dos lenguajes no llegue la ruptura, pero la Iglesia nunca se propone la tarea de elevar a los "simples" al nivel de los intelectuales, de realizar una verdadera unificación y, por tanto, de cumplir una verdadera reforma moral e intelectual.

Así, el idealismo —que era el sistema de pensamiento dominante, hegemónico, en la alta cultura italiana del tiempo de Gramsci, en una medida que para los jóvenes de hoy es imposible concebir— propuso una nueva concepción de intelectuales y para intelectuales, y Gramsci observa cómo una de las mayores debilidades de las filosofías inmanetistas en general, consiste precisamente en no haber sabido crear unidad ideológica entre los de abajo y los de arriba, en no haber conducido una verdadera reforma moral e intelectual, una verdadera, profunda transformación del modo de sentir y de actuar de las grandes masas. Tan es así que, después de haber afirmado que la religión no es más que una forma de mitología, Croce y también Gentile, en su reforma escolar, se muestran favorables a la enseñanza de la religión en la escuela, justamente porque la religión es una suerte de prefilosofía que debe dejarse a los niños y a las masas populares subalternas, en suma, a aquellos que son incapaces de elevarse hasta el saber crítico, hasta la filosofía.

Es decir, la religión hace de mediadora entre la concepción superior de los grandes intelectuales y las masas populares. No se plantea como tarea elevar a las clases populares al nivel de las clases dominantes, sino más bien, mantener a las clases populares en posición subalterna.

Por una parte está la intransigencia doctrinaria y, por otra, el compromiso político con la Iglesia católica, de parte de estos laicos "intransigentes" que son Croce y Gentile.

Después advino una forma subordinada —observa Gramsci— de relaciones con el pueblo, manifestada en la política cultural de los socialistas reformistas: las universidades populares. Pero este movimiento no obedecía a una concepción precisa; estaba inspirado en un marxismo asimilado toscamente, de manera contradictoria, deformado en el sentido positivista; era un movimiento extremadamente ecléctico. Gramsci decía que se actuaba como aquellos exploradores que dan quicallería a los salvajes para obtener en cambio pepitas de oro de ellos. En realidad, también este movimiento era incapaz de elevar efectivamente al nivel crítico la conciencia popular.

Marxismo y hegemonía

La mediación entre los "simples" y los intelectuales se realiza por medio de la política; es la política la que, a través de la experiencia que se desarrolla en ella, establece la relación entre la filosofía superior, la concepción crítica y las masas subordinadas, permitiendo a estas últimas superar su visión no crítica.

Gramsci usa a menudo el término filosofía de la praxis en vez de marxismo, no sólo por razones de prudencia conspirativa —en otros textos, en efecto, usa también el término materialismo histórico más comprometedor—, sino porque concibe el marxismo como una concepción que instituye la praxis revolucionaria transformadora, y en la praxis verifica la validez de sus propios asertos. Aparece, en esta definición, la inflexión particular que Gramsci imprime al marxismo, enlazándose con las *Tesis sobre*

Feuerbach de Marx, el modo como subraya la unidad de teoría y acción, de objeto y sujeto.

Gramsci dice, en relación a la función del marxismo: "La posición de la filosofía de la praxis es antitética a la católica: la filosofía de la praxis no tiende a mantener a los simples en su filosofía primitiva del sentido común, sino, al contrario, a conducirlos hacia una concepción superior de la vida. Se afirma la exigencia del contacto entre intelectuales y simples, no para limitar la actividad científica y mantener la unidad al bajo nivel de las masas, sino para construir un bloque intelectual-moral que haga posible un progreso intelectual de masas y no sólo para pocos grupos intelectuales".⁵

El marxismo tiene esta capacidad porque expresa los intereses, las reivindicaciones y la función histórica de las clases sometidas y, en primer lugar, del proletariado. Es la única concepción que sabe guiar al proletariado para asumir una función dirigente y por tanto para construir no sólo nuevas relaciones políticas y estatales, sino también una nueva cultura, para realizar una reforma intelectual y moral. Este es el significado más profundo de la noción gramsciana de hegemonía. La hegemonía es tal en cuanto se traduce en una reforma intelectual y moral.

La clase obrera, en el proceso de su formación, no puede ser aún conciente de sus propios intereses y de su función histórica. Es el resultado de todo un proceso lo que puede volverla conciente. En dicho proceso social se entrelazan las influencias y la lucha de hegemonías diversas, ya sean políticas o culturales. La conquista de la hegemonía se entiende como proceso. "Pero la unidad de la teoría y de la práctica no es, de ninguna manera, algo mecánicamente dado, sino un devenir histórico, que tiene su fase elemental y primitiva en el sentido de distinción, de separación, de inde-

⁵ Antonio Gramsci. *Ibid.*,

pendencia instintiva, y que progresa hasta la posesión real y completa de una concepción del mundo coherente y unitaria"⁶ La clase obrera comienza a sentir que las concepciones que le enseña no corresponden a sus intereses: comienza así a distinguirse, aunque sea instintivamente y encuentra su concepción autónoma en el marxismo. Lenin acude aquí en su ayuda, con la afirmación de que la teoría revolucionaria proviene del exterior de la clase obrera, elaborada por intelectuales que tienen la conciencia de las contradicciones de la sociedad en la que viven y de la función histórica de la clase obrera; proviene del exterior de la relación obrero-patrón, para llegar a la visión de la relación entre todas las clases sociales, y de las clases con el gobierno, con el Estado: "He aquí por qué es necesario poner de relieve que el desarrollo político del concepto de hegemonía representa un gran progreso filosófico, además de un progreso político práctico, porque necesariamente implica y supone una unidad intelectual y una ética conforme a una concepción de la realidad que ha superado el sentido común y se ha tornado crítica, aunque sólo sea dentro de límites estrechos."

La hegemonía, por lo tanto, no es sólo política, sino que es además un hecho cultural, moral, de concepción del mundo.

Pero, si la hegemonía es la superación de la contradicción entre la práctica y la teoría, ¿quién debe ser el mediador, el unificador, ya que esa unidad no se produce automáticamente, sino que es el resultado de todo un proceso y de un proceso de lucha entre diferentes hegemonías? El unificador de la teoría y de la práctica, el demiurgo, si se quiere, aunque Gramsci no usa este término, es el partido.

⁶ Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 20.

Maquiavelo y el moderno príncipe

El partido es, para Gramsci, el príncipe moderno. Se refiere a Maquiavelo, y, ubicándolo históricamente, ve en él el teórico del Estado unitario moderno, quien reflexiona sobre la experiencia del Estado unitario monárquico francés, español, inglés y transmite esta experiencia a Italia, como la vía para superar la crisis de la que está investida la sociedad italiana.

Gramsci pone muy de relieve que el método que enseña Maquiavelo para hacer política, parte de la conciencia de que la política tiene una autonomía propia, obedece a sus propias leyes, que no pueden derivar de la moral sino que fundan una nueva moral, una moral inmanentista, cuyo fin no es la salvación del "alma" individual, sino de la colectividad estatal. La violencia y el engaño, cuyo uso es teorizado y justificado, se vuelven en realidad contra las clases dominantes, contra la aristocracia, no contra el pueblo (la burguesía mercantil).

Esta ubicación histórica de Maquiavelo permite superar las disputas frívolas sobre el maquiavelismo. Lo que interesa señalar es que el moderno príncipe es para Gramsci un unificador, un gran reformador intelectual y moral. Maquiavelo pensaba en dicho reformador, pero en su tiempo no era posible. En los tiempos modernos este reformador es el partido. El príncipe de Maquiavelo, según Gramsci, no es un simple individuo; es, en realidad, la expresión de un proceso colectivo, de una voluntad colectiva que tiende hacia un fin político determinado. Hoy es el partido el que crea una voluntad colectiva; el partido es la primera célula en la que se resumen "los gérmenes de la voluntad colectiva que tienden a devenir universales y totales", en el sentido de que en el partido hay ya una visión total de la sociedad, una visión de la que deberá ser la sociedad del mañana. En este sentido Gramsci habla del partido que prefigura la so-

ciudad del mañana, es decir, de la que existe una visión total y de la que anticipa las características. Aquí se puede discutir la relación entre la totalidad de la conciencia y la totalidad de la realidad; se trata de un problema que trataremos.

El partido está en esencia constituido —dice Gramsci— por tres elementos; por un estrato que adhiere a la organización esencialmente por fe, por entusiasmo, sin una precisa conciencia crítica y sin una gran capacidad unificadora, organizadora. En segundo lugar está constituido por "El elemento de cohesión principal, centralizado en el campo nacional, que transforma en potente y eficiente a un conjunto de fuerzas que abandonadas a sí mismas, contarían cero o poco más. Este elemento está dotado de una potente fuerza de cohesión que centraliza y disciplina y sin duda a causa de esto está dotado igualmente de inventiva. Es verdad también que un partido no podría estar formado solamente por este elemento, el cual, sin embargo, tiene más importancia que el primero para su constitución. Se habla de capitanes sin ejército, pero en realidad es más fácil formar un ejército que formar capitanes".⁷ Después de este elemento cohesivo de carácter nacional, existe un tercer estrato, intermedio, que enlaza el núcleo dirigente con la base.

Los tres elementos son indispensables para que exista el partido. Pero el elemento inicial, sin el cual no puede comenzar a vivir un partido, es el que realiza la síntesis crítica, el capitán que crea el ejército.

Vuelve aquí plenamente la concepción de Lenin que, en polémica con la derecha del Partido obrero socialdemócrata ruso, afirmaba en *Un paso adelante, dos pasos atrás* (1904), que el partido no se contruye de abajo arriba, sino de arriba abajo. Esta afirmación no obedece a una

⁷ Antonio Gramsci. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, p. 48.

visión burocrática o disciplinaria del partido, como se le reprochaba, sino a la exigencia de poner de relieve el momento de la conciencia, del conocimiento crítico. Por *arriba* Lenin entendía el congreso, como instancia suprema, síntesis general. El modo como Lenin subraya con fuerza que el partido es el momento de la conciencia, de la síntesis crítica, la fuerza organizadora capaz de cohesionar las masas, vuelve plenamente en Gramsci.

Gramsci destaca que en el partido hay tres estratos y que existen en él, como en la sociedad, los gobernados y los gobernantes, los dirigentes y los dirigidos, pero se plantea el problema de si debe tenderse a mantener la distinción entre dirigentes y dirigidos, o si, por el contrario, debe tenderse a superarla. La respuesta es que debe tenderse a superarla. Mientras la sociedad actual se caracteriza por la distinción y oposición entre gobernantes y gobernados, debe tenderse hacia una sociedad plenamente unificada, no antagónica y basada en el autogobierno. Pero desde ya se debe operar esta unidad entre gobernantes y gobernados en el partido, elevando, por consiguiente, a todos los adherentes al partido a la calidad de dirigentes, a la calidad de cuadros. Volveremos sobre esto.

Como es evidente, toda esta concepción da el máximo relieve al factor ideal, cultural, al factor de la intervención crítica, al sujeto revolucionario, es decir a la conciencia. Es de este concepto de hegemonía del que parte la crítica de Gramsci a las deformaciones del marxismo, entendido como materialismo mecánico y vulgar, que explica mecánicamente todo y todo lo reduce a la economía. La polémica de Gramsci está dirigida contra toda una interpretación del marxismo, la de la II Internacional, que lo deforma en sentido positivista. En esta interpretación se pierde de vista el momento de la lucha política, de la acción cultural, de la influencia de las ideas, que ya para Engels era el tercer frente de lucha, junto con el económico y el político. El

materialismo mecánico concibe al desarrollo social como rigurosamente determinado por causas objetivas, que no dejan espacio efectivo para el sujeto, para el partido, para la iniciativa política. Dado este desarrollo de la sociedad, rigurosamente determinado por causas objetivas, la crisis y el hundimiento del capitalismo son inevitables y el proletariado fatalmente está destinado a vencer: esta es sumaria y esquemáticamente la conclusión a que arriba aquella interpretación del marxismo. Lenin, en cambio ponía de relieve el hecho de que la caída de la burguesía no es nunca fatal. Las condiciones para la caída del capitalismo se determinan objetivamente. Pero el capitalismo siempre puede lograr superar su propia crisis. Lo que puede impedirlo es la iniciativa revolucionaria.

El materialismo vulgar

Gramsci combate duramente las deformaciones mecanicistas del marxismo, que pasaron del Partido socialista al ala bordighiana del Partido comunista. Observa que el materialismo vulgar es, en realidad, la expresión de una clase que, aún tratando de darse una ideología no subordinada, una ideología capaz de dirección revolucionaria, permanece en realidad como clase subordinada, precisamente porque piensa que su victoria se debe al curso objetivo de las cosas y no a su función, a su iniciativa, a su capacidad de hegemonía. Se sitúa por ello pasivamente en el devenir obligatorio de la sociedad.

Gramsci afirma que, en ciertas situaciones, el materialismo vulgar puede ser una gran fuerza; Basándose en él, se razona así: "He sido vencido momentáneamente, pero la fuerza de las cosas trabaja para mí y a la larga. . . La voluntad real se disfraza de acto de fe, en cierta racionalidad de la historia, en una forma empírica y primitiva de finalismo apasionado, que aparece como un sustituto de predestina-

ción; de providencia, etcétera, de las religiones confesionales".⁸

En realidad este materialismo vulgar es una forma de religión experimentada en forma inmanente. Puede ser una fuerza mientras la clase permanece subordinada, dominada, derrotada (no olvidemos que Gramsci escribía en la cárcel), pero "cuando el subalterno se torna dirigente y responsable de la actividad económica de masas",⁹ cuando la clase obrera asume el poder, "el mecanicismo aparece en cierto momento, como un peligro inminente, y se produce una revisión de toda la manera de pensar porque ha ocurrido un cambio en el modo social de ser".¹⁰

Gramsci precisa, no obstante, que no sólo es necesario superar el materialismo mecánico *cuando* uno se ha convertido en dirigente, sino que es necesario superarlo *para* ser dirigente. "He ahí por qué es necesario siempre demostrar la futilidad del determinismo mecánico, el cual, explicable como filosofía ingenua de la masa y, sólo como tal, elemento intrínseco de fuerza, cuando es elevado a filosofía reflexiva y coherente por los intelectuales, se convierte en causa de pasividad, de imbécil autosuficiencia, y ello sin esperar que el subalterno haya llegado a ser dirigente y responsable".¹¹ Por lo tanto, al nivel de la vanguardia, (y cuando habla de los intelectuales se refiere a la vanguardia, al partido, o sea, a los intelectuales como cuadros de la sociedad), el materialismo vulgar se convierte en un estorbo porque mantiene a la clase en su posición subordinada e impide el desarrollo de la iniciativa política.

Se trata de superar el materialismo mecánico, por con-

⁸ Antonio Gramsci. *Ed. cit.*, p. 22.

⁹ Antonio Gramsci. *Ibid.*

¹⁰ Antonio Gramsci. *Ibid.*

¹¹ Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 23.

siguiente, es necesario difundir una concepción genuina del marxismo, establecer una efectiva unidad entre acción y teoría, entre masa e intelectuales. De ahí la importancia que para Gramsci tiene la difusión de las conquistas culturales y de la teoría revolucionaria. En varios lugares se plantea el problema de cómo difundir las nuevas adquisiciones teóricas, subraya la importancia de la "repetición", en forma diversa, para llegar profundamente a todos los sectores. Nos encontramos con esta observación: "Crear una nueva cultura no significa sólo hacer individualmente descubrimientos originales; significa también, y especialmente, difundir verdades ya descubiertas, socializarlas, por así decir, convertirlas en base de acciones vitales, en elemento de coordinación y de orden intelectual y moral. Que una masa de hombres sea llevada a pensar coherentemente y en forma unitaria la realidad presente, es un hecho filosófico mucho más importante y original que el hallazgo, por parte de un genio filosófico, de una nueva verdad que sea patrimonio de pequeños grupos de intelectuales".¹² El problema no es tanto el de los grandes descubrimientos originales (naturalmente, también éstos importan), sino ver cómo los descubrimientos se convierten en patrimonio de las masas. Se puede agregar que, en realidad, hay ideas originales que no pueden convertirse en patrimonio de las masas por su naturaleza, ya que no pertenecen a las masas desde el punto de vista de clase y que hay en cambio ideas originales que, precisamente haciendo avanzar la función histórica de la clase obrera, pueden llegar a ser patrimonio de la clase obrera misma y de las grandes masas populares. Debe realizarse pues, una obra política, organizadora, pedagógica de difusión de las nuevas adquisiciones culturales entre las masas. Gramsci subraya que en los hechos la relación de hegemonía es siempre una relación pedagógica.

¹² Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 13.

Es una nueva relación entre teoría y praxis, porque es una relación nueva entre cultura y masas, entre intelectuales y masas. Y la observación de Gramsci es que "la filosofía de una época no es la filosofía de tal o cual filósofo, de tal o cual grupo de intelectuales, de tal o cual sector de las masas populares: es la combinación de todos estos elementos, que culmina en una determinada dirección y en la cual, esa culminación se torna norma de acción colectiva, esto es, deviene historia concreta y completa (integral)". La verdadera filosofía de una época va implícita pues, en la acción y en la forma de sentir de las grandes masas.

El bloque histórico

He aquí pues, una vez más, a la sociedad humana que se presenta como una totalidad y como totalidad que penetra todos los niveles. Es, una vez más, el concepto de *bloque histórico*. La hegemonía tiende a construir un bloque histórico, o sea, a realizar una unidad de fuerzas sociales y políticas diferentes y tiende a mantenerlo unido a través de la concepción del mundo que ella ha trazado y difundido "La estructura y las superestructuras forman un bloque histórico".¹³ La lucha por la hegemonía debe involucrar todos los niveles de la sociedad: la base económica, la superestructura política y la superestructura espiritual.

Es un pasaje del *Risorgimento*, Gramsci nos da una visión dinámica del proceso según el cual se forman y se disuelven las hegemonías, cuando dice: "La supremacía de un grupo social se manifiesta de dos modos, como dominación y como dirección intelectual y moral. Un grupo social es dominante de los grupos adversarios, que tiende a liquidar o a someter hasta con la fuerza armada, y es diri-

¹³ Antonio Gramsci. *Ibid.*, p. 48.

gente de los grupos afines y aliados. Un grupo social puede, y también debe ser dirigente ya antes de conquistar el poder gubernamental. Es esta una de las condiciones principales para la propia conquista del poder. Después, cuando ejerce el poder y también lo mantiene firmemente en sus manos se convierte en dominante, pero debe continuar siendo también dirigente". Aquí junto a la noción de hegemonía viene inmersa la de *supremacía*. La *supremacía* es dominio y dirección. Puede decirse que es dominio y hegemonía.

La hegemonía avanza al afirmarse la capacidad de dirección política, espiritual y moral de la que, hasta ayer, era una clase subordinada.

La supremacía entra en crisis cuando se mantiene el dominio, pero disminuye la capacidad dirigente, cuando la clase social que detenta el poder político no sabe ya dirigir, resolver los problemas de la colectividad, cuando la concepción del mundo que ella logró afirmar, es ahora rechazada. La clase social hasta ayer subordinada se convierte a su vez en dirigente cuando sabe indicar concretamente la solución de los problemas; tiene una concepción del mundo que conquista nuevos adherentes, que unifica los sectores sociales que se forman en torno suyo. Esta es la concepción gramsciana de hegemonía.

Marx presentaba la crisis revolucionaria esencialmente como contradicción entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productiva. Marx ve, pues, la crisis revolucionaria esencialmente como crisis de la estructura económica. Teniendo bien presentes las enseñanzas de Marx, Gramsci dirige su atención a otro momento de la crisis revolucionaria de la sociedad, y esto tanto más cuanto él quiere combatir las visiones mezquinamente deterministas del marxismo y volver la atención del movimiento obrero en dirección a un momento hasta ayer descuidado, el momento ideal, cultural, moral. En Gramsci la crisis

revolucionaria es considerada sobre todo a nivel de la superestructura; traducida a nivel de la hegemonía y concebida como crisis de la hegemonía. Dicha crisis abarca, sin embargo, a toda la sociedad, a todo el bloque histórico, y no olvidemos que el bloque histórico, para Gramsci, está constituido por la estructura y la superestructura. Puedo decir pues, que la crisis revolucionaria es mirada por Gramsci en la totalidad del proceso social. Marx había estudiado su anatomía indicando sus bases fundamentales. Este era el primer paso indispensable para construir la explicación de los movimientos sociales revolucionarios de modo científico, crítico, no idealista ni subjetivista. Pero, caracterizada la anatomía, es necesario partir de ella para ver la totalidad de la sociedad. Se llega, entonces, a la noción de hegemonía y de bloque histórico.

Para Gramsci el concepto de hegemonía es pues, una clave de interpretación histórica, de análisis de los procesos. Lo habíamos visto en la *Cuestión meridional*, por el papel que le atribuía a los intelectuales, como cemento de un bloque político (el concepto de bloque histórico es más amplio que el de bloque político. El bloque histórico, en efecto, puede comprender varios bloques políticos diferentes).

Los intelectuales

El tema de los intelectuales vuelve a presentarse ampliamente en los *Cuadernos*. Aquí Gramsci esboza la idea de una investigación sobre los intelectuales italianos y sobre el proceso de su formación. Es más que comprensible la importancia que da permanentemente al problema de los intelectuales; deriva directamente de la importancia que tiene para él el problema de la hegemonía. En efecto, una hegemonía se construye si tiene sus cuadros, sus elabora-

dores. Los intelectuales son los cuadros de la clase dominante económica y políticamente, son los que elaboran la ideología. Los intelectuales —dice Gramsci— son los “persuasores” de la clase dominante, son los “empleados” de la hegemonía de la clase dominante. (La expresión según la cual “el intelectual es el intermediario del consenso”, es una justa interpretación de la concepción de Gramsci, pero no se halla en sus textos).

Los intelectuales no son, pues, un grupo social autónomo; pero, todo grupo social, cumpliendo una determinada función en la producción económica, forja sus intelectuales que vienen a ser los técnicos de la producción. Estos intelectuales no se limitan a ser solamente los técnicos de la producción, sino que son también los que dan a la clase económicamente dominante la conciencia de sí misma y de su propia función, en el campo social y en el campo político. Dan homogeneidad a la clase dominante y a su dirección. Hoy —dice Gramsci— el capitalismo industrial crea esencialmente técnicos, científicos, ligados a la producción. Estos son, los intelectuales *orgánicos* del capitalismo, íntimamente conexos a la función productiva, a la función de la economía capitalista. Todo grupo social, cuando se afianza en el campo económico y debe elaborar su propia hegemonía política y cultural, y crear, por consiguiente, sus propios cuadros, sus propios intelectuales, encuentra al mismo tiempo intelectuales ya formados por la sociedad precedente, por la formación economicosocial precedente: los intelectuales *tradicionales*. La nueva clase dominante, mientras forma sus propios intelectuales orgánicos, se esfuerza en asimilar a los intelectuales tradicionales.

En Italia, los intelectuales tradicionales son los del tipo humanista, entre los cuales Gramsci incluye también al clero. Son preponderantemente de origen rural, provienen de la burguesía rural abstencionista. Cuanto mejor son

asimilados lo intelectuales tradicionales, pero más logra la clase dominante explotar a sus propios intelectuales orgánicos. Dice Gramsci: "Los intelectuales de tipo urbano han crecido al mismo tiempo con la industria y están ligados a su destino. Su función puede ser parangonada con la de los oficiales subalternos en el ejército: no tienen ninguna iniciativa autónoma para elaborar planes de construcción; ponen en relación, articulándola, la masa instrumental con el empresario, elaboran la ejecución inmediata del plan de producción establecido por el estado mayor de la industria y controlan las etapas laborales elementales. En el término medio general los intelectuales urbanos están muy estandarizados; los otros intelectuales urbanos se confunden cada vez más con el verdadero y propio estado mayor industrial. Los intelectuales de tipo rural son en gran parte tradicionales es decir, están ligados a la masa social campesina y pequeñoburguesa de la ciudad (especialmente de los centros menores), todavía no formada y puesta en movimiento por el sistema capitalista. Este tipo de intelectual pone en contacto la masa campesina con la administración estatal o local (abogados, notarios, etcétera). Por esta misma razón tiene una gran función político-social, porque la mediación profesional es difícilmente escindible de la mediación política. Por consiguiente, en el capitalismo, mientras los intelectuales orgánicos tienen una relación más estrecha con la producción, los intelectuales tradicionales tienen una relación más mediata, pero desempeñan en mayor grado que los intelectuales orgánicos, una función política, de mediación política.

Los partidos elaboran sus propios intelectuales, de modo que los partidos contribuyen a proporcionar intelectuales al Estado. El intelectual, en efecto, se forma como cuadro en el partido y luego asume una función estatal; pero los partidos forman al intelectual en forma más orgánica, más rigurosa que el Estado, y de un tipo determinado.

Nos encontramos, en cierto sentido, con una afirmación paradójica, según la cual todos los miembros de un partido político pueden ser considerados intelectuales, en un sentido relativo. Esto es verdad en cuanto que el partido tiene una función dirigente y que, por consiguiente, todo miembro del partido debe, en principio, ejercer una función dirigente, aunque sea limitada y modesta. La noción tradicional de intelectual experimenta un vuelco. Para Gramsci no es tan decisiva la separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, como lo era para Marx. El intelectual es el cuadro de la sociedad, más exactamente, el cuadro de un aparato hegemónico. En este sentido, también un sargento semianalfabeto es un cuadro, y por consiguiente, un intelectual. El jornalero que dirige un sindicato, si es un dirigente capaz, aunque sea analfabeto o semianalfabeto es un intelectual, por cuanto es un dirigente, un educador de masas, un organizador.¹⁴

¹⁴ Con el desarrollo del capitalismo monopolista y particularmente del capitalismo monopolista de estado, la distinción gramsciana entre intelectual tradicional e intelectual orgánico *tiende* a superarse, dada la forma como el capitalismo liga hoy a su vida también a los intelectuales humanistas.